



ANTONIO DOMÍNGUEZ HIDALGO

LA JUSTIFICACIÓN DEL MIEDO

(¡No! ¡Morir no! ¡No quiero morir! ¡No quiero! De un momento a otro nos bombardearán. Por eso nos han concentrado a todos en los cuarteles generales. Probablemente la invasión será en la madrugada y no tenemos las defensas suficientes para contrarrestar el ataque. Nos destruirán sin piedad. Nadie quedará vivo. ¡Nadie! ¡Y yo quiero vivir! ¡Quiero vivir! La vida es tan hermosa, magnífica, hecha para gozarla y sentirla. ¿Qué más puede uno pedir?

¿Por qué tienen algunos que mandar sobre los demás y ordenar la matanza de quienes consideran contrarios? ¡Qué injusto! ¡A nosotros qué diablos nos importan los enredos que hayan hecho los mandamases! Debían dejarnos vivir como pudiéramos, pero todo por dominar, por imperar...

Nomás de pensar que tantos han muerto por culpa de quienes están en el poder, me hace rebelar. Si ellos desean algo, que traten de conseguirlo por sí mismos y no mandar a combatir a quienes no tenemos por qué. Nos obligan desde sus estúpidas leyes de conquista. No sé cómo no entienden mis compañeros que sólo somos insignificante carne de cañón para que otros gocen egoístamente de nuestro sacrificio. Y los obedecemos con la dorada de píldora que somos los protectores de la patria.

¡Demagogos! Locos ambiciosos.

Siempre los pretextos de siempre... que la defensa de la libertad, que la lucha contra la esclavitud, que la justicia, que la verdad... ¡Bah! ¡Pamplinas! En el fondo sólo defienden sus propios intereses y ponen como títeres a los pueblos. Pero nosotros tenemos la culpa; les hacemos caso; no nos rebelamos y dejamos que nos arrastren a la guerra.

¡Imbéciles! ¡Somos unos imbéciles! Servir de manada para satisfacciones egoístas que ponen de parapeto a la Nación. ¡Mentiras! Si pensarán... sabrían que el respeto y la comprensión bastarían para vivir en la paz, sin necesidad de combates, de crímenes, de calumnias, de sangre. Pero ellos tienen los hilos y nos manejan a su antojo, como títeres. No sé como la gente les cree.

Tengo que hacer algo. ¡Yo quiero vivir! No me voy a quedar aquí de guajolote. En unas horas más la guarnición será bombardeada y todos quedaremos aplastados como miserables insectos, sin oportunidad de ver siquiera un día más la luz del sol ni sentir la caricia del viento ni escuchar el rumor de las ramas de los árboles cuando él las mueve. ¡Ah! ¡Quiero vivir! ¡Vivir! La existencia es tan bella. A cada instante nos ofrece nuevos panoramas, diversos caminos, claros horizontes, anheladas esperanzas. Hay tanta maravilla en la existencia que...

¡Cómo odio a quienes han provocado esta situación! Me lleno de rabia cuando pienso que mientras ellos están muy seguros en lugares de protección, nosotros, yo, de un momento a otro moriremos. Nos convertirán en pedazos de podredumbre humana. ¡Oh! ¡Tiemblo al recordarlo! Debo huir, tengo que huir. ¡Escapar! ¡Sí! ¡Escapar! Pero... ¿a dónde? Por ahí...

—¡Soldado Méndez! ¿Qué pasa con usted? No ha escuchado las órdenes del capitán? ¡Vaya a su puesto! No es hora de meditaciones. El enemigo está próximo. ¡Prepárese...!
—Perdone señor, voy...

—¿Nervioso? Es lógico. Usted no está acostumbrado a esto, pero ahora se aguanta intelectualito. Total, algún día tenemos que morir. ¡Apúrese...!

(¡Cretino! Ni creas que voy a quedarme. En cuanto te descuides, aprovecharé las sombras de la noche y... me internaré en el bosque. Allí será difícil que me encuentren. Me ocultaré en alguna cueva y cuando todo haya pasado, iré a la ciudad confundido con la masa para seguir mi vida. Tengo que huir, que huir...)

* * * * *

—¿Y Méndez, soldado Carrillo?

—No lo he visto desde hace una hora en que lo vi que iba al cerro. Me dijo que usted lo había mandado.

—¡Yo no he mandado a nadie! Se me hace que fue un pretexto para largarse y desertar.

¡El muy cobarde! Pero no iré muy lejos. ¡Eh! ¡Pelotón de auxilio! ¡Prepárense para localizarlo!

* * * * *

(¡Aaah! No puedo correr más... no puedo. Las piernas no me obedecen. Flaqueo. Hace como tres horas ya que abandoné el campamento y aún está muy lejos el día... No debo detenerme, sería la muerte. ¡Ah! Ni descansar. Todo está tan oscuro... ¿Qué será aquello que brilla a los lejos? Parecen fogatas. Debo ir con mayor sigilo. Despacio. ¡Que sopor tan espantoso me está invadiendo! Debo calmar mis nervios...

¡Es un campamento enemigo! Han de ser quizá los que van a atacar por la madrugada....)

—¡Alto o disparo!

(Me han descubierto. Debo correr. Tengo que llegar hasta la inmensa construcción que apenas se nota entre la oscuridad. ¡Me están disparando! ¡No! ¡No! ¡Yo quiero vivir! Y me siguen... me siguen. Me ocultaré allá dentro. ¡Es un almacén de explosivos!

Necesito apagar esa antorcha para ocultarme entre los bultos de dinamita... ¡oh! ¿Qué he hecho? La he tirado. Se incendia todo. Va a explotar todo... ¡No...!)

* * * * *

—Gracias a la heroicidad de Pablo Méndez, el enemigo fue vencido en esta primera etapa. Hombres como él requieren las naciones que deseen vivir en la paz y el progreso. La solidaridad de los pueblos se debe a individuos que no les importa dar la propia existencia con el fin de lograr los más altos valores humanos: la libertad y la dignidad. La historia ha recogido hoy en sus páginas, a la figura sencilla de un soldado que no le importó arrastrar peligros ni perder la vida, inclusive, con el propósito de descubrir guarniciones enemigas y arrasarlas, aun a costa de su propia destrucción. El mundo libre tiene una deuda en memoria del soldado Pablo Méndez.

—Ahora me explico el por qué de su misteriosa huída. No quería exponer a toda la compañía. Y nosotros que lo creíamos un cobarde desertor, sin saber que el intelectualito era todo un valiente.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo